

El Iluminismo Rosacruz

Pedro Gurrola Pérez

Frances A. Yates, *El Iluminismo Rosacruz*, Fondo de Cultura Económica, 1981. 325pp.

Doctor por las Universidades de Londres y Edimburgo, especializada en Historia del Renacimiento, Frances A. Yates se ha dedicado, a lo largo de una decena de libros, a explorar la compleja trama de ideas con que pobló su mente el hombre europeo de los siglos XVI y XVII, y a desentrañar aquellas corrientes del pensamiento que, girando alrededor de la tradición hermético-cabalística, muchas veces fueron con respecto a dicha trama, su secreta articulación y sostén. Con inteligente mezcla de rigor, sagacidad e imaginación, Yates lleva a cabo su investigación desde múltiples ángulos y situándose en contextos diversos, que pueden ir del análisis histórico-literario de las últimas obras de Shakespeare, al estudio de los antecedentes que dan forma al pensamiento científico en el siglo XVIII.

Pero por muy distintos que sean los terrenos en que su obra se desenvuelve, siempre nos volveremos a encontrar, muchas veces de manera sorprendente e inesperada, con los temas que Yates valora como una parte fundamental (aunque poco conocida y hasta menospreciada) de la historia del pensamiento: la tradición hermético-cabalística, el neoplatonismo, el lulismo o la alquimia. Todo este material, mezclado en diferentes proporciones, se fundió en el crisol del *uomo universale* y *singulare* renacentista, y, como muestra Yates, en muchos aspectos resulta ser un material indispensable para comprender el tránsito del Renacimiento a la Ilustración.

En particular, en *El Iluminismo Rosacruz*, Yates demuestra que existe una relación estrecha, insospechada hasta ahora, entre el surgimiento de la Hermandad de los Rosacruces, los acontecimientos políticos y religiosos de principios del siglo XVII y el pensamiento científico a principios del siglo XVIII. El fenómeno rosacruz rara vez

ha sido investigado desde un punto de vista rigurosamente histórico y de manera seria, pues el paso del tiempo y la proliferación de "sociedades secretas" lo han ido cargado de desprestigio. Abundan, en cambio, los escritos de carácter "ocultista" que tratan el tema dentro del terreno vago e incierto de la leyenda, cuando no de la franca charlatanería. Esto ha producido, con cierta razón, que los investigadores serios no hayan prestado atención al fenómeno rosacruz. Pero haciendo a un lado mistificaciones, leyendas y consideraciones de tipo esotérico, las fuentes históricas indican que el movimiento rosacruz se inició con la publicación (en 1614 y 1615) de los llamados "manifiestos rosacruces": dos opúsculos que de manera misteriosa proclaman el advenimiento de una nueva época ilustrada y la existencia de una hermandad que revelará al mundo una nueva filosofía y una nueva ciencia. En los manifiestos se hace una invitación a todos los doctos de Europa a esta gran reforma filosófica y científica, todo ello a través de un lenguaje profundamente alegórico y cargado de misticismo.

Pero para poder comprender la interpretación que hace Yates del surgimiento de los manifiestos, es necesario hacer un recuento de la circunstancia histórica que rodeó su publicación.

En febrero de 1613, Isabel Estuardo, hija de Jacobo I, rey de Inglaterra, contrajo matrimonio con el príncipe protestante Federico, elector palatino del Rin. En esos momentos de intensos enfrentamientos políticos y religiosos, la unión de una princesa anglicana con un príncipe protestante adquirió particular relevancia. El protestantismo se había extendido por Europa y resultaba más que nunca una amenaza para la hegemonía de los Habsburgo y para la iglesia de Roma. Esta última había perdido definitivamente a Inglaterra, la cual había desafiado con éxito el poderío de España. En 1610, Enrique IV de Francia, quien se declaraba contrario a la intolerancia romana, moría asesinado. Diez años antes Giordano Bruno había sido llevado a la hoguera, víctima de esa misma intolerancia.

En estas circunstancias, el matrimonio de Federico e Isabel equivalía, al menos en apariencia, a una declaración política en el sentido de que Inglaterra estaba dispuesta a apoyar a las potencias protestantes de Europa y de que pretendía convertir a Federico en uno de los pilares de esta política.

Una vez consumada esta unión en Londres en medio de grandes celebraciones, los esposos partieron a Heidelberg, que en ese momento era uno de los mayores centros científicos protestantes de Europa. No lejos de ahí, en Praga, el emperador Rodolfo II, rey de Bohemia,

había establecido su corte imperial. A pesar de ser miembro de la dinastía de los Habsburgo y de haber recibido la influencia de los jesuitas, Rodolfo había permitido y fomentado en Bohemia el desarrollo de todo tipo de estudios alquimistas y mágico-científicos, en los cuales él mismo estaba interesado. De esta manera, Praga se había convertido en una ciudad llena de influencias renacentistas; en ella estuvieron John Dee, Edward Kelley, Giordano Bruno y el danés Tycho Brahe, quien instaló los instrumentos de su propia invención en el jardín de Rodolfo. También a Praga llegó Juan Kepler cuando el archiduque de Estiria, Fernando, un católico implacable y fanático, lo expulsó de su cátedra en la Universidad de Graz.

En 1612, muerto Rodolfo, le sucedió como emperador y rey de Bohemia su hermano Matías. Mientras tanto, las fuerzas católicas se estaban reagrupando, y en 1617 Matías acordó ceder el trono de Bohemia a Fernando de Estiria, considerado como un paladín de la Contrarreforma. Fernando se apresuró a terminar con la tolerancia religiosa establecida por Rodolfo y tomó medidas para suprimir la Iglesia de Bohemia (que, fundada por Juan Hus, había sido la primera Iglesia reformada de Europa). Esto provocó la rebelión en contra del soberano habsbúrgico, y en 1619 los rebeldes bohemios, desconociendo a Fernando, decidieron ofrecer la corona a Federico, elector del Palatinado.

Federico se encontró entonces en una difícil disyuntiva: aceptar la corona de Bohemia significaba el enfrentamiento con las potencias de la Casa de Austria; no aceptarla significaba abandonar la causa religiosa con la que se sentía comprometido. Por otra parte, al ser simultáneamente elector palatino y rey de Bohemia, llegado el momento de elegir emperador, Federico tendría dos votos, lo que inclinaría la elección en contra de los Habsburgo (desde 1437 la corona del Sacro Imperio había sido exclusividad de los Habsburgo. La elección del emperador la efectuaban siete electores: el del Palatinado, el duque de Sajonia, el margrave de Brandenburgo, el rey de Bohemia y los arzobispos de Colonia, Maguncia y Trier).

Finalmente, Federico aceptó la corona de Bohemia pensando, como en ese momento parecía evidente, que contaba con el apoyo de su suegro, el rey de Inglaterra. Así, el 27 de septiembre de 1619, Federico e Isabel partieron de Heidelberg rumbo a Praga, donde radicaron durante ese invierno (por lo que se les conoce como "Los Reyes de Invierno de Bohemia"). Pero los cálculos de Federico resultaron totalmente errados pues en ese mismo año, al morir Matías, Fernando fue elegido emperador, pasando a ser Fernando

II. Esto colocaba a Federico en la delicada posición de rebelde ante su emperador, lo que dificultaba el apoyo de otros príncipes protestantes. Por otra parte, Jacobo no tenía ninguna intención de apoyar a Federico, sino por el contrario, deseaba congraciarse con las fuerzas habsbúrgicas, y cuando llegó el momento de tomar una posición, Jacobo no vaciló en abandonar a su hija antes de correr el riesgo de provocar la ira de los Habsburgos. Debilitado de esta manera, Federico fue completamente derrotado por las fuerzas imperiales en la batalla de la Montaña Blanca, lo que reafirmó la dominación de la Casa de Austria en Europa e inició, de hecho, la Guerra de los Treinta Años. Derrotado Federico, Praga quedó a merced de sus enemigos, toda Bohemia fue devastada y quedó hundida en la confusión y la miseria, y lo mismo sucedió con el Palatinado. Las fuerzas de la reacción católica arrasaron sin piedad en su afán de borrar toda herejía de la faz de la Tierra.

Con frecuencia se ha pensado que la aceptación por parte de Federico de la corona de Bohemia no fue sino una aventura política o un asunto de ambición mal orientada. Sin embargo, las exploraciones hechas en este libro revelan la existencia de un rico movimiento cultural, hasta ahora perdido en la historia, que encontró su expresión política en la figura de Federico y en su aventura de Bohemia. Este movimiento floreció alrededor del matrimonio de Federico e Isabel; acontecimiento que impulsó el intercambio entre los esplendores del Renacimiento inglés tardío y las corrientes místicas alemanas. Así, en el marco de las reformas religiosas, la tradición hermética y la filosofía de John Dee se unieron con las tradiciones alquímicas alemanas, formando una nueva y rica cultura cuyo centro fue Heidelberg.

De esta manera el Palatinado se convirtió en el lugar propicio para el estudio y publicación de obras de carácter filosófico y mágico-científico, lo que fue conformando un movimiento cultural heredero directo del Renacimiento y que aspiraba a una reforma de carácter hermético que terminaría con las disputas religiosas y traería consigo una aurora de conocimiento y sabiduría.

En virtud de lo anterior, Federico fue visto no sólo como el líder de los príncipes protestantes en su enfrentamiento con las fuerzas de la reacción católica, sino como el centro de un movimiento más amplio, que abarcaba aspectos de reforma filosófica y cultural. Por su parte, los políticos cercanos a Federico, para fortalecer la causa protestante, no dudaron en fomentar a su alrededor esta aura mística de reformador universal.

Siendo que en Bohemia existía un intenso movimiento de carácter religioso, hermético y alquímico, la anexión de Bohemia al Palatinado resultaba natural no sólo como una acción política determinante en la construcción del edificio antihabsbúrguico, sino también como la expresión de un movimiento religioso y místico, alimentado por la tradición hermético-cabalística.

En este contexto, la interpretación que Yates hace de los manifiestos rosacruces resulta verosímil y plenamente justificada desde el punto de vista histórico: representan el fondo místico del movimiento que pretendía instalar en el trono de Bohemia el Elector Palatino. La proclamación del advenimiento de una nueva época, fundada una profunda reforma de la religión, la filosofía y las ciencias aparece entonces estrechamente relacionada a los propósitos de Federico y a su imagen de jefe religioso y reformador.

Al ser derrotado Federico, el movimiento rosacruz se derrumbó y se desencadenó la persecución contra los supuestos rosacruces y la destrucción de todo rastro del movimiento cultural en Bohemia y el Palatinado. Sobrevino entonces la Guerra de los Treinta Años, tras la cual se inicia la Ilustración, que, como nos muestra Yates, en cierta medida surge a partir de los restos del movimiento rosacruz.

De esta manera el movimiento generado alrededor de Federico y simbolizado por los manifiestos rosacruces, aclararía uno de los problemas de la historia del pensamiento: tratar de definir los pasos que condujeron del Renacimiento a la Ilustración.

La influencia que tuvo el movimiento rosacruz con el progreso científico de los siglos XVII y XVIII es esclarecedora en este sentido. El propio Francis Bacon, que por mucho tiempo fue considerado como el primer científico moderno (quien por medio de la observación y la experimentación dejó atrás un pasado de superstición) mantiene contacto con la tradición hermética, y su modelo utópico de la sociedad recoge como propias las características de la hermandad de los rosacruces. Por otra parte, tanto Boyle como Newton tuvieron conocimientos de carácter alquímico, y este último tuvo en su poder los manifiestos rosacruces. El mismo Descartes, durante su viaje por el norte de Europa, buscó en vano a esta hermandad que prometía nuevos y misteriosos conocimientos. Los pensadores y científicos del siglo XVIII tuvieron presentes las tradiciones que confluyeron en el movimiento palatino y que constituyeron una especie de Ilustración prematura y abortada, que Yates denomina como "ilustración rosacruz". A través de ella la tradición hermética, como fuerza dinámica

de la ciencia renacentista, conservó su impulso al iniciarse la revolución científica característica de la Ilustración.

Es evidente que este libro plantea perspectivas sumamente interesantes para todos aquéllos dedicados a explorar la historia del pensamiento, y en particular la historia de la ciencia. Quedan por investigar muchas cuestiones; una de ellas, la figura de Rodolfo, hasta ahora olvidada e incomprensible. Para el historiador de la ciencia queda pendiente una investigación de la función exacta que desempeñaron los conocimientos científicos de la ilustración rosacruz en el progreso científico que caracterizó el siglo XVIII. Aún para el lector casual, se trata de un libro ameno e interesante que muestra en toda su amplitud la labor de un historiador serio así como las técnicas de que hace uso: el estudio y evaluación de fechas y lugares de publicación, las marcas de impresores, la interpretación de los emblemas alquímicos y grabados alegóricos, etc.

Cabe añadir un elogio más: es evidente que mucha de la información que maneja Yates proviene de fuentes prácticamente inaccesibles para la mayoría de sus lectores. En atención a esto se incluyen en el libro reproducciones de los grabados e ilustraciones de la época y en los cuales ha basado Yates muchos de sus argumentos. También se incluyen las traducciones de los manifiestos rosacruces, lo que permite al lector formarse, de manera propia, una idea más precisa de las consideraciones que hace la autora.